



*ELS ESCENARIS DE LA CULTURA.
FORMES SIMBÒLIQUES I PÚBLICS
A L'ERA DIGITAL*

Jordi Busquet Durán

Barcelona, Trípodos (Facultat de
Comunicació / Blanquerna), 2005.
281 pàgines

Manuel Garrido Lora

En el seno de la Colección *Papers
d'Estudi* del sello editorial *Trípodos*,

nace esta obra de Jordi Busquet, sociólogo, economista y profesor de la Facultat de Comunicació Blanquerna de la Universitat Ramon Llull de Barcelona. Tal y como precisa su título, todo el libro gira en torno al concepto de cultura, que no es una obsesión nueva en este autor, pues ya sacó a la luz un magnífico libro en 1998 –*El sublim i el vulgar. Els intel·lectuals i la cultura de masses*– en el que desarrolló esta temática. Con esta nueva obra, Jordi Busquet lleva a cabo una revisión crítica del concepto de “cultura” y de las teorías que a lo largo de la historia se han aproximado a su explicación. Además, antes que un taxonomista interesado en las diferencias entre las culturas, el autor se interesa por las relaciones y vínculos entre las mismas, en la línea de los muy populares estudios interculturales.

La lectura de esta obra permite al lector inquieto abrir los ojos a la pluralidad de fenómenos culturales del mundo actual, pues el autor expone con valiente medida –valga la paradoja– la defensa de su visión pluralista de la cultura, contraria a cierta “mirada aristocrática” de la cultura que prolifera entre tantos sociólogos e intelectuales. Página a

página, Busquet consigue, humilde y comedidamente, cuestionar con fundamento y rigor analítico muchos de los prejuicios que asfixian el entendimiento de la cultura actual, y logra que el lector cuestione los parámetros con los que habitualmente interpreta los fenómenos culturales que le rodean. Se puede estar o no de acuerdo con todo o parte de lo expuesto en las casi trescientas páginas del libro, pero es indiscutible la honradez con la que Busquet expone sus argumentos, por otra parte sólidamente apuntalados por autores de prestigio en los estudios culturales.

Se agradece, además, la sencillez y claridad con la que el autor se expresa. Su prosa es clara y limpia, sus frases, breves, y su vocabulario, comprensible, alejado del oscurantismo propio de aquellos investigadores que esconden su incapacidad para la inteligencia tras un lenguaje alambicado. Además, el diseño visual del libro (obra de Josep Rom) hace la lectura muy agradable.

En la *Presentació*, el autor advierte de la autonomía –no desarticulada, dice– con la que podría abordarse la lectura de las diversas partes de la obra. No obstante, y sin cuestionar que esto pudiera ser cierto,

creo sinceramente que es aconsejable leer la obra en su conjunto y en el orden establecido, ya que la limitada extensión de algunos de sus capítulos impediría una comprensión plena de los fenómenos en ellos descritos. Esta pretensión de autonomía lleva también a que el autor cierre cada capítulo recomendando unas fuentes bibliográficas de utilidad para el investigador. Por otra parte, los capítulos suelen iniciarse con una oportuna y variada selección de citas, que actúan como espita para el buen discuir del contenido subsiguiente. Esta estructura viene a repetirse en los veinte capítulos que componen la obra, capítulos que a su vez se agrupan en seis partes principales.

Ya desde la *Introducció* queda clara la posición del autor respecto al fenómeno que analiza. Busquet huye de una concepción elitista de la “cultura” (“Cultura amb majúscula”), y defiende la “cultura de la imagen” frente a aquellas voces que –como Giovanni Sartori (*Homo videns*, 1998)– entienden que la cultura se manifiesta única y exclusivamente mediante el código escrito. A pesar de este posicionamiento tan claro en defensa de un enfoque plural de la cultu-

ra, Busquet se acoquina en varias ocasiones a lo largo del texto cuando califica como “legítimo” el uso elitista de la noción de cultura, y esto merecería, cuando menos, una explicación razonable.

En la *Primera Part* del libro se exponen las dos principales concepciones de la cultura: la humanista y la antropológica. La concepción humanista considera que la cultura es selectiva, canónica, carismática (genial), jerarquizadora, aprendida y frágil. Busquet defiende una renovación de esta perspectiva que permita contemplar todo tipo de manifestaciones culturales, y sobre todo, acercar a todo tipo de individuos y grupos a la participación cultural, que, de este modo, dejaría de ser un patrimonio exclusivo de determinadas élites sociales. Frente a la concepción humanista, la antropológica es una visión más científica, menos normativa y más amplia de la cultura, pero, al nacer al amparo de las grandes potencias coloniales que pretendían contemplar científicamente a las sociedades colonizadas, se convierte en un “mecanismo *científic* de construcción de l’alteritat d’Occident” (p. 62). A la vista de lo anterior, Busquet aboga por una mirada

científica que modere el inevitable etnocentrismo y que permita interpretar de manera más objetiva las prácticas culturales ajenas. Esta primera parte del libro se cierra con un muy interesante capítulo escrito por Miquel Rodrigo Alsina sobre las diferencias entre interculturalidad y multiculturalidad, cuya tabla comparativa de la página 82 se antoja imprescindible para los estudiosos de la cuestión.

En la *Segona Part*, el autor ejemplifica la amplitud de miras con la que deben afrontarse los estudios culturales mediante el análisis de lo que denomina “cultures alternatives”, como las culturas juveniles, la cultura *fan* o la contracultura. Al asociar la cultura con los estilos de vida de algunos grupos sociales, Busquet reivindica para los estudios culturales de base antropológica un concepto, el de “estilo de vida”, monopolizado en las últimas décadas por los estudios de mercado. Aunque los cuatro capítulos que conforman esta segunda parte resultan de gran interés para el lector, es especialmente aconsejable la lectura del titulado *La cultura fan* al menos por tres motivos: primero, porque defiende la infrecuente asociación de los conceptos

“cultura” y “fan”, segundo, porque extiende las fronteras del fenómeno fan hasta el mundo de los adultos, y tercero y último, porque rompe una lanza a favor del reconocimiento de la cultura fan como un digno objeto de estudio para el sociólogo. Teniendo en cuenta la cantidad de críticas que arrecian diariamente sobre este tipo de fenómenos culturales desde determinados ámbitos intelectuales, especialmente cuando intervienen los medios masivos, resulta cuando menos valiente la posición del autor.

En la *Tercera Part* del libro –*Estils de vida i nivells culturals*– Busquet realiza dos disertaciones a las que dedica otros tantos capítulos. En el primer capítulo, revisa críticamente la teoría de Bourdieu sobre las relaciones entre consumo cultural y distinción social, y, aunque califica la contribución del francés como “brillant” o “contribució decisiva”, critica su visión del consumo como instrumento para la diferenciación social, pues, según Busquet, el consumo también contribuye a la comunicación entre individuos y grupos.

Pasado el ecuador de su obra, el autor afronta con decidida energía

una serie de capítulos en los que reflexiona sobre las relaciones entre cultura y política, constituyendo la *Quarta Part* del libro. Busquet reconoce el papel de la cultura en la determinación de la unidad nacional, pero también defiende una visión mestiza de la cultura y, por tanto, huye de cualquier esencialismo cultural. Los medios de comunicación social vendrían aquí a cumplir un papel esencial, en cuanto transmisores de “missatges potencialment ideològics a través de l'espai i del temps” (p. 171), aunque, afina el autor, hoy debe rechazarse una interpretación pasiva de la recepción mediática, pues, dice, la recepción es activa y creativa. Lógicamente, este razonamiento sitúa a Busquet a contracorriente de muchos analistas del fenómeno mediático, que precisamente destacan la pasividad receptora como una de sus características esenciales, especialmente en el caso de la televisión.

En la *Quinquena Part* del libro, el autor lleva a cabo una interesante y entretenida revisión del concepto de “cultura popular”. Lejos de la visión folclorista de la misma, que la denigra, Busquet reivindica la vitalidad de las formas cultura-

les populares en la sociedad actual. También critica el sistemático pesimismo con el que muchos intelectuales afrontan la cultura de masas (*masscult*) y se alinea con aquellos que consideran que “la societat de masses ha afavorit, malgrat els seus resultats contradictoris, l’extensió de la cultura” (p. 210). En el desarrollo de esta cultura de masas, argumenta el autor, los medios masivos han jugado un papel destacado al permitir la reproductibilidad y la explotación comercial de las formas simbólicas. Finalmente, considera que no es cierto, tal y como proclaman muchos, que la globalización que vive la sociedad mundial suponga necesariamente un proceso de uniformidad social y cultural. Antes bien, “en alguns casos coincideix precisament amb un revival de les cultures regionals” (p. 237). Esta quinta parte del libro se cierra con un capítulo escrito conjuntamente con Gonzalo Samaranch y dedicado a la cibercultura. En él los autores se alejan de los tecnófobos y consideran internet como un “artefacto

cultural” determinante de un sistema de comunicación descentralizado.

En la sexta y última parte de la obra, Busquet realiza un alegato final en defensa de la pluralidad cultural que caracteriza a las sociedades modernas, en las cuales una misma persona puede libremente saltar de uno a otro escenario o forma cultural sin que esto suponga la erradicación o exclusión de alguno de ellos. Concluye el autor que sólo una visión clasista de la cultura puede ser pesimista ante estos nuevos escenarios.

En suma, nos encontramos ante una obra bien escrita y argumentada que desmonta muchas de las grandes teorías relacionadas con los estudios culturales al tiempo que propone una visión más plural y deliciosamente optimista de la realidad cultural que nos rodea. Se trata, por tanto, de una obra de gran valor en el panorama de la investigación universitaria y de interés para todos los investigadores de las ciencias humanas y sociales, no sólo para los sociólogos.